

HERMANAS DESCALZAS CARMELITAS.

COMIENZA LA FUNDACION

DE SAN JOSE DEL CARMEN DE MEDINA DEL CAMPO.

CAPITULO I.

De los medios por donde se comenzó á tratar desta fundacion, y de las demás.

1. Cinco años despues de la fundacion de san José de Avila, estuve en él, que á lo que ahora entiendo, me parece serán los mas descansados de mi vida, cuyo sosiego, y quietud echa harto menos mi jhas veces mi alma. En este tiempo entraron algunas doncellas religiosas, de poca edad, á quien el mundo (á lo que parecia) tenia ya para sí, segun las muestras de su gala, y curiosidad, sacándolas el Señor bien apresuradamente de aquellas vanidades, las trajo á su casa, dotándolas de tanta perfeccion, que era harta confusion mia, llegando al número de trece, que es el que estaba determinado, para no pasar mas adelante. Yo me estaba deleitando entre almas tan santas, y limpias, á donde solo era su cuidado de servir, y alabar á nuestro Señor. Su Majestad nos enviaba allí lo necesario sin pedirlo, y cuando nos faltaba (que fué harto pocas veces) era mayor su regocijo: alababa á nuestro Señor de ver tantas virtudes encumbradas, en especial el deseuído que tenían de todo lo demás, sino de servirle.

2. Yo que estaba allí por mayor, nunca me acuerdo ocupar el pensamiento en ello, tenia muy creído, que no habia de faltar el Señor á las que no traian otro cuidado, sino en cómo contentarle. Y si alguna vez no habia para todas el mantenimiento, diciendo yo fuese para las mas necesitadas, cada una le parecia no ser ella, y así se quedaba, hasta que Dios enviaba para todas. En la virtud de la obediencia (de quien yo soy muy devota, aunque no sabia tenerla, hasta que estas siervas de Dios me enseñaron, para no lo ignorar si yo tuviera virtud, pudiera decir muchas cosas que allí en ellas ví. Una se me ofrece ahora, y es, que estando un dia en refitorio, dieron nos raciones de cogombro: á mi cupo una muy delgada, y por de dentro podrida: llamé con disimulacion á una hermana de las de mejor entendimiento, y talentos que allí habia, para probar su obediencia, y dijela, que fuese á sembrar

aquel cogombro á un hortecillo que teniamos. Ella me preguntó, si le habia de poner alto, ó tendido? Y le dije, que tendido. Ella fué, y puso, sin venir á su pensamiento, que era imposible dejarse de secar, sino que el ser por obediencia, cegó la razon natural en servicio de Cristo, para creer era muy acertado. Acaécime encomendar á una seis, ó siete oficios contrarios, y callando tomarlos, pareciéndole posible hacerlos todos. Tenia un pozo (á dicho de los que le probaron) de harto mal agua, y parecia imposible correr, por estar muy hondo; llamando yo oficiales para procurarlo, reianse de mí, de que queria echar dineros en balde; yo dije á las hermanas, ¿que qué les parecia? Dijo una, que se procure; nuestro Señor nos ha de dar quien nos traya agua, y para darles de comer, pues mas barato le sale á su Majestad dárnosla en casa, y así no lo dejará de hacer. Mirando yo con la gran fe, y determinacion con que lo decia, túvelo por cierto, y contra voluntad del que entendia en las fuentes que conocia de agua, lo hice, y fué el Señor servido, que sacamos un caño della, bien bastante para nosotras, y de beber, como ahora lo tienen. No lo cuento por milagro, que otras cosas pudiera decir, sino por la fe que tenían estas hermanas, puesto que pasa así como lo digo: y porque no es mi primer intento loar las monjas destos monasterios, (que por la bondad del Señor) todas hasta ahora van así, y destas cosas, y otras muchas, seria escribir muy largo, aunque no sin provecho; porque á las veces se animan las que vienen á imitarlas; mas si el Señor fuere servido, que esto se entienda, podrán los perlados mandar á las prioras que lo escriban.

3. Pues estando esta miserable entre estas almas de ángeles, que á mi no me parecian otra cosa, porque ninguna falta, aunque fuese interior, me encubrian, y las mercedes, y grandes deseos, y desasimiento que el Señor les daba, eran grandisimas; su consuelo era su soledad, y así me certificaban, que jamás de estar solas se hartaban, y así tenían por tormento que las viniesen á ver, aunque fuesen hermanos. La que mas lugar tenia de estarse en una ermita, se tenia por mas dichosa. Considerando yo el gran valbr destas almas, y el ánimo que Dios las daba para padecer, y servirle (no cierto de mujeres) muchas veces me parecia que era para algun gran fin las riquezas que el Señor ponía en ellas, no porque me pasase por pensamiento lo que despues ha sido, porque entonces parecia cosa imposible, por no haber principio para poderse imaginar, puesto que mis deseos, mientras mas el tiempo iba adelante, eran muy mas crecidos de ser alguna parte para el bien de alguna alma; y muchas veces me parecia, como quien tiene un gran tesoro guardado, y desea que todos gocen dél, y le atan las manos para

distribuirle : así me parecía estaba atada mi alma, porque las mercedes que el Señor en aquellos años la hacia , eran muy grandes , y todo me parecía mal empleado en mí. Servia al Señor con mis pobres oraciones siempre , y yo procuraba con las hermanas, que hiciesen lo mismo , y se aficionasen al bien de las almas, y al aumento de su Iglesia, y á quien trataba con ellas , siempre se edificaban , y en esto embestia mis grandes deseos.

4. A los cuatro años , me parece era algo mas , acertó á venirme á ver un fraile francisco, llamado fray Alonso Maldonado, harto siervo de Dios, y con los mismos deseos del bien de las almas que yo, y podialos poner por obra, que le tuve yo harta envidia. Este venia de las Indias poco habia, comenzóme á contar de los muchos millones de almas que allí se perdian por falta de doctrina, é hizonos un sermón, y plática, animando á la penitencia, y fuése. Yo quedé tan lastimada de la perdición de tantas almas, que no cabia en mí; fuime á una ermita con hartas lágrimas, y clamaba á nuestro Señor, suplicándole diese medio como yo pudiese algo, para ganar algun alma para su servicio, pues tantas llevaba el demonio, y que pudiese mi oración algo, ya que yo no era para mas. Habia gran envidia á los que podian por amor de nuestro Señor emplearse en esto, aunque pasasen mil muertes: y así me acaece, que cuando en las vidas de los santos leemos, que convirtieron almas, mucha mas devocion me hacen, y mas ternura, y mas envidia, que todos los martirios que padecen, por ser esta inclinacion que nuestro Señor me ha dado, pareciéndome, que precia mas un alma, que por nuestra industria, y oracion le ganásemos, mediante su misericordia, que todos los servicios que le podemos hacer.

5. Pues andando yo con esta pena tan grande, una noche estando en oracion, representóseme nuestro Señor de la manera que suele, y mostrándome mucho amor, á manera de quererme consolar, me dijo: *Espera un poco, hija, y verás grandes cosas.* Quedaron tan fijadas en mi corazón estas palabras, que no las podía quitar de mí; y aunque no podía atinar, por mucho que pensaba en ello qué podría ser, ni veía camino para poderlo imaginar, quedé muy consolada, y con gran certidumbre, que serian verdaderas estas palabras: mas el medio cómo, nunca vino á mi imaginacion. Así se pasó (á mi imaginacion, y parecer) otro medio año, y despues deste sucedió lo que ahora diré.

CAPITULO II.

Cómo nuestro padre general vino á Avila, y de lo que de su venida sucedió.

1. Siempre nuestros generales residen en Roma, y jamás ninguno vino á España, y así parecia cosa imposible venir ahora; mas como para lo que nuestro Señor quiere, no hay cosa que lo sea, ordenó su Majestad que lo que nunca habia sido, fuese ahora. Yo cuando lo supe, pareceme que me pesó, porque (como ya se dijo en la fundacion de san José) no estaba aquella casa sujeta á los frailes por la causa dicha. Temí dos cosas: la una, que se habia de enojar conmigo, y no sabiendo las cosas cómo pasaban, tenia razon; la otra, si me habia de mandar tornar al monasterio de la Encarnacion, que es de la regla mitigada, que para mí fuera desconsuelo, por muchas causas, que no hay para que decir. Una bastaba, que era no poder yo allá guardar el rigor de la regla primera, y ser de mas de ciento y cinquenta el número: y todavía á donde hay pocas, hay mas conformidad, y quietud. Mejor lo hizo nuestro Señor, que yo pensaba; porque el general es tan siervo suyo, y tan discreto, y letrado, que miró ser buena la obra, y por lo demás, ningun desabrimiento me mostró. Llámase fray Juan Bautista Rubeo de Rávena, persona muy señalada en la Orden, y con mucha razon.

2. Pues llegado á Avila, yo procuré fuese á san José, y el obispo tuvo por bien se le hiciese toda la cabida que á su mesma persona. Yo le di cuenta con toda verdad, y llaneza, porque es mi inclinacion tratar así con los perlados, suceda lo que sucediere, pues están en lugar de Dios, y con los confesores lo mismo: y si esto no hiciese, no me pareceria tenia seguridad mi alma, y así le di cuenta de ella, y euasí de toda mi vida, aunque es harto ruin: él me consoló mucho, y aseguró que no me mandaria salir de allí. Alegróse de ver la manera de vivir, y un retrato (aunque imperfeto) del principio de nuestra Orden, y como la regla primera se guardaba en todo rigor, porque en toda la Orden no se guardaba en ningun monasterio, sino la mitigada; y con la voluntad que tenia de que fuese muy adelante este principio, dióme muy cumplidas patentes para que se hiciesen mas monasterios, con censuras para que ningun provincial me pudiese ir á la mano. Yo no se las pedi, puesto que entendió de mi manera de proceder en la oracion, que eran los deseos grandes de ser parte, para que alguna alma se llegase mas á Dios.

3. Estos medios yo no los procuraba, antes me parecia desatino; porque una mujercilla tan sin poder como yo, bien entendia, que no podia hacer nada; mas cuando al alma vienen estos deseos, no es en su mano desecharlos: el amor de contentar á Dios, y á la fe hacen posible, lo

que por razon natural no lo es: y así en viendo yo la gran voluntad de nuestro reverendísimo general, para que hiciese mas monasterios, me pareció los veía hechos, acordándome de las palabras que nuestro Señor me habia dicho: veía ya algun principio de lo que antes no podia entender. Senti muy mucho; quando vi tornar á nuestro padre general á Roma, habiale cobrado gran amor, y parecíame quedar con gran desamparo: él me de mostraba grandísimo, y mucho favor; y las veces que podia desocuparse, se iba allá á tratar cosas espirituales, como á persona á quien el Señor nos debé hacer grandes mercedes: en este caso nos era consuelo oírle.

4. Aun antes que se fuese el señor obispo, que es Don Alvaro de Mendoza, muy aficionado á favorecer á los que vé que pretenden servir á Dios con mas perfeccion; y así procuró que le dejasen licencia para que en su obispado se hiciesen algunos monasterios de frailes Descalzos de la primera regla. Tambien otras personas se lo pidieron: él lo quisiera hacer, mas halló contradiccion en la Orden; y así por no alterar la provincia, lo dejó por entonces.

5. Pasados algunos dias, considerando yo cuan necesario era, si se hacia monasterios de monjas, que hubiese frailes de la mesma regla, y viendo ya tan pocos en esta provincia, que aun me parecia se iban á acabar, encomendándolo mucho á nuestro Señor, escribí á nuestro padre general una carta suplicándole lo mejor que yo supe, dando las causas por donde seria gran servicio de Dios; y los inconvenientes que podia haber, no eran bastantes para dejar tan buena obra, y poniéndole delante el servicio que haria de nuestra Señora, de quien era muy devoto. Ella debia ser la que lo negoció, porque esta carta llegó á su poder estando en Valencia, y desde allí me envió licencia para que se fundasen dos monasterios, como quien deseaba la mayor religion de la Orden. Porque no hubiese contradiccion, remitiólo al provincial que era entonces, y al pasado, que era harto dificultoso de alcanzar: mas como vi lo principal, tuve esperanza el Señor haria lo demás: y así fué, que con el favor del señor obispo, que tomaba este negocio muy por suyo, entrambos vinieron en ello.

6. Pues estando yo ya consolada con la licencia, creció mas mi cuidado, por no haber fraile en la provincia que yo entendiese, para ponerlo por obra, ni seglar que quisiese hacer tal comienzo. Yo no hacia sino suplicar á nuestro Señor, que siquiera una persona despertase. Tampoco tenia casa, ni cómo la tener: Héla aquí una pobre monja Descalza, sin ayuda de ninguna parte, sino del Señor, cargada de patentes, y de buenos deseos, y sin ninguna posibilidad, para ponerlo por obra,

el ánimo no desfallecia, ni la esperanza, que pues el Señor habia dado lo uno, daria lo otro: ya todo me parecia muy posible, y así lo comencé á poner por obra.

7. ¡O grandeza de Dios! ¡Y cómo mostrais vuestro poder en dar osadía á una hormiga! ¡Y cómo, Señor mio, no queda por vos el no hacer grandes obras los que os amaa, sino por nuestra cobardía, y pusilanimidad! Como nunca nos determinamos, sino llenos de mil temores, y prudencias humanas; así, Dios mio, no obráis vos vuestras maravillas, y grandezas. ¿Quién mas amigo de dar, si tuviese á quien, ni de recibir servicios á su costa? Plegá á vuestra Majestad que os haya yo hecho alguno, y no tenga mas cuenta que dar de lo mucho que he recibido. Amen.

CAPITULO III.

Por que medios se comenzó á tratar de hacer el monasterio de san José de Medina del Campo.

1. Pues estando yo con todos estos cuidados, acordé de ayudarme de los padres de la Compañía, que estaban muy aceptos en Medina, con quien (como ya tengo escrito en la primera fundacion) traté mi alma muchos años, y por el gran bien que la hicieron, siempre les tengo particular devocion. Escribí lo que nuestro padre general me habia mandado al rector de allí, que acertó á ser el que me confesó muchos años, como queda dicho, aunque no le nombré, llamase Baltasar Alvarez, que al presente es provincial. El, y los demás dijeron, que harian lo que pudiesen en el caso, y así hicieron mucho para recabar la licencia de los del pueblo, y del perlado, que por ser monasterio de pobreza, en todas partes es dificultoso: y así se tardó algunos dias en negociar.

2. A esto fué un clérigo muy siervo de Dios, y bien desasido de todas las cosas del mundo, y de mucha oracion. Era capellan en el monasterio á donde yo estaba, al qual le daba el Señor los mesmos deseos que á mí, y así me ha ayudado mucho, como se verá adelante. Llamase Julian de Avila. Pues ya que tenia la licencia, no tenia casa, ni blanca para comprarla: pues crédito para fiarme en nada (si el Señor no le diera). ¿Cómo le habia de tener una romera como yo? Proveyó el Señor, que una doncella muy virtuosa, para quien no habia habido lugar en san José que entrase, sabiéndose hacia otra casa, me vino á rogar la tomase ea ella. Esta tenia unas blanquillas, harto poco, que no eran para comprar casa, sino para alquilarla: y así procuramos una de alquiler, y para ayuda al camino. Sin mas arrimo que este, salimos de Avila dos monjas de san José, y yo, y cuatro de la Encarnacion, que es el monasterio de

la regla mitigada (á donde yo estaba antes que se fundase san José) con nuestro padre capellan Julian de Avila.

3. Cuando en la ciudad se supo, hubo mucha murmuracion: unos decian, que yo estaba loca: otros esperaban el fin de aquel desatino: el obispo (segun despues me ha dicho) le parecia muy grande, aunque entonces no me lo dió á entender, ni quiso estorbarme, porque me tenia mucho amor, y no me dar pena: mis amigos harto me habian dicho, mas yo hacia poco caso dello; porque me parecia tan fácil lo que ellos tenian por dudoso, que no podia persuadirme á que habia de dejar de suceder bien. Ya cuando saliamos de Avila, habia yo escrito á un padre de nuestra Orden, llamado fray Antonio de Heredia, que me comprase una casa, que era entonces prior del monasterio de frailes, que allí hay de nuestra Orden, llamado Santa Ana. El lo trató con una señora que le tenia devocion, que tenia una que se le habia caido toda, salvo un cuarto, y era muy bien puesto. Fué tan buena, que prometió de vendérsela, y así la concertaron sin pedirle fianzas, ni mas fuerza de su palabra, porque á pedir las, no tuviéramos remedio: todo lo iba disponiendo el Señor. Esta casa estaba tan sin paredes, que á esta causa alquilamos estotra, mientras aquella se aderezaba, que habia harto que hacer.

4. Pues llegando la primera jornada ya noche, y cansadas por el mal aparejo que llevábamos, yendo á entrar por Arévalo, salió un clérigo nuestro amigo, que nos tenia una posada en casa de unas devotas mujeres, y díjome en secreto cómo no teniamos casa, porque estaba cerea de un monasterio de Agustinos, y que ellos resistian que no entrásemos ahí, y que forzado habia de haber pleito. ¡O váleme Dios! ¡Cuándo vos, Señor, quereis dar ánimo, qué poco hacen todas las contradiciones! Antes parece me animo, pareciéndome, pues ya se comenzaba á alborotar el demonio, que se habia de servir el Señor de aquel monasterio. Con todo le dije que callase, por no alborotar á las compañeras, en especial á las dos de la Encarnacion, que las demás por cualquier trabajo pasarán por mí. La una destas dos era superiora entonces de allí, y defendieronle mucho la salida, entrambas de buenos deudos, y venian contra su voluntad, porque á todas les parecia disbarate, y despues vi yo, que les sobraba la razon, que cuando el Señor es servido, yo funde una casa destas, pareceme que ninguna cosa admite mi pensamiento, que me parezca bastante para dejarlo de poner por obra, hasta despues de hecho: entonces se me ponen juntas las dificultades, como despues se verá.

5. Llegando á la posada, supe que estaba en el lugar un fraile dominico, muy gran siervo de Dios, con quien yo me habia confesado el tiempo que habia estado en San José; porque en aquella fundacion traté

mucho de su virtud, aquí no diré mas del nombre, que es el maestro fray Domingo Bañez, tiene muchas letras, y discreción, por cuyo parecer yo me gobernaba, y al suyo no era tan dificultoso, cómo en todos los que iba á hacer; porque quien mas conoce de Dios, mas fácil se le hacen sus obras, y de algunas mercedes que sabia su Majestad me hacia, y por lo que habia visto en la fundacion de san José, todo le parecia muy posible. Dióme gran consuelo, cuando le vi; porque con su parecer todo me parecia iria acertado. Pues venido allí, díjele muy en secreto lo que pasaba, á él le pareció que presto podríamos concluir el negocio de los Agustinos; mas á mí hacíase me recia cosa cualquier tardanza, por no saber que hacer de tantas monjas: y así pasamos todas con cuidado aquella noche, que luego lo dijeron en la posada á todos.

6. Luego de mañana llegó allí el prior de nuestra Orden fray Antonio, y dijo, que la casa que tenia concertada de comprar, era bastante, y tenia un portal á donde se podia hacer una iglesia pequeña, aderezándole con algunos paños. En esto nos determinamos, al menos á mí parecióme muy bien; porque la mas brevedad era lo que menos nos convenia, por estar fuera de nuestros monasterios, y tambien porque temí alguna contradicion, como estaba escarmentada de la fundacion primera: y así queria que antes que se entendiese, estuviese ya tomada la posesion, y así nos determinamos á que luego se hiciese: en esto mesmo vino el padre maestro fray Domingo. Llegamos á Medina del Campo vispera de nuestra Señora de Agosto á las doce de la noche: apeámonos en el monasterio de santa Ana, por no hacer ruido, y á pié nos fuimos á la casa. Fué harta misericordia del Señor, que aquella hora encerraban toros, para correr otro día, no nos topó ninguno. Con el embebecimiento que llevábamos, no habia acuerdo de nada: mas el Señor, que siempre le tiene de los que desean su servicio, nos libró, que cierto allí no se pretendia otra cosa. Llegadas á la casa, entramos en un patio, las paredes harto caidas me parecieron, mas no tanto como fué de día se pareció. Parece que el Señor habia querido se cegase aquel bendito padre, para ver que no convenia poner allí el santísimo Sacramento.

7. Visto el portal, habia bien que quitar tierra del, á teja vana, las paredes sin embarrar, la noche era corta, y no traímos sino unos reposteros (creo eran tres) para toda la largura que tenia el portal era nada: yo no sabia que hacer, porque vi no convenia poner allí altar. Plugo al Señor, que queria luego se hiciese, que el mayordomo de aquella señora tenia muchos tapices della en casa, y una cama de damasco azul, y habia dicho nos diesen lo que quisiésemos, que era muy

buena. Yo cuando vi tan buen aparejo, alabé al Señor, y así harían las demás, aunque no sabíamos que hacer de clavos, ni era hora de comprarlos, y comenzáronse á buscar de las paredes: en fin con trabajo se halló recaudo. Unos á tapizar, nosotras á limpiar el suelo, nos dimos tan buena prisa, que cuando amanecía estaba puesto el altar, y la campanilla en un corredor, y luego se dijo la misa. Esto bastaba para tomar la posesion; no se cayó en ello, sino que pusimos el santísimo Sacramento; y desde unas resquicias de una puerta, que estaba frontero, veíamos misa, que no había otra parte. Yo estaba hasta esto muy contenta; porque para mí es grandísimo consuelo ver una iglesia mas, donde haya santísimo Sacramento; mas poco me duró, porque como se acabó la misa, llegué por un poquito de una ventana á mirar el patio, y ví todas las paredes por algunas partes en el suelo, que para remediarlo eran menester muchos dias.

8. ¡O váleme Dios! cuando yo ví á su Majestad puesto en la calle, en tiempo tan peligroso como ahora estamos por estos luteranos, qué fué la congoja que vino á mi corazón! Con esto se juntaron todas las dificultades que podían poner los que mucho lo habían murmurado, y entendí claro que tenían razon. Parecíame imposible ir adelante con lo que había comenzado; porque así como antes todo me parecía fácil, mirando á que se hacía por Dios, así ahora la tentacion estrechaba de manera su poder, que no parecía haber recibido ninguna merced suya, solo mi bajeza, y poco poder tenia presente. Pues arrimada á cosa tan miserable, ¿qué buen suceso podia esperar? Y á ser sola, pareceme lo pasara mejor; mas pensar habían de tornar las compañeras á su casa con la contradiccion que habían salido, hacíase me recio. También me parecía, que errado este principio, no había lugar todo lo que yo tenia entendido había de hacer el Señor adelante. Luego se añadía el temor, si era ilusion lo que en la oracion había entendido, que no era la menor pena, sino la mayor; porque me daba grandísimo temor, si me había de engañar el demonio.

9. ¡O Dios mio! ¿qué cosa es ver un alma, que vos quereis dejar que pene! Por cierto cuando se me acuerda esta afliccion, y otras algunas que he tenido en estas fundaciones, no me parece que hay que hacer caso de los trabajos corporales (aunque han sido hartos) en esta comparacion. Con toda esta fatiga, que me tenia bien apretada, no daba á entender ninguna cosa á las compañeras, porque no las quería fatigar mas de lo que estaban. Basé con este trabajo hasta la tarde, que envió el rector de la Compañía á verme con un padre, que me animó, y consoló mucho. Yo no le dije todas las penas que tenia, sino solo la que me daba

vernos en la calle. Comencé á tratar de que se nos buscase casa alquilada, costase lo que costase, para pasarnos á ella, mientras aquello se remediaba, y comencéme á consolar, de ver la mucha gente que venia, y ninguno cayó en nuestro desatino, que fué misericordia de Dios; porque fuera muy acertado, quitarnos el santísimo Sacramento. Ahora considero yo mi boberia, y el poco advertir de todos en no consumirle, sino que me parecia, que si esto se hiciera, era todo deshecho.

10. Por mucho que se procuraba, no se halló casa alquilada en todo el lugar; que yo pasaba harto penosas noches, y dias, porque (aunque siempre dejaba hombres que velasen al santísimo Sacramento) estaba con cuidado si se dormian; y así me levantaba á mirarlo de noche por una ventana que hacia muy clara luna, y podíalo bien ver. Todos estos dias era mucha la gente que venia, y no solo no les parecia mal, sino poniales devocion de ver á nuestro Señor otra vez en el portal; y su Majestad (como quien nunca se cansa de humillarse por nosotros) no parece queria salir del. Ya despues de ocho dias, viendo un mercader la necesidad (que posaba en una muy buena casa) dijonos, fuésemos á lo alto della, que podíamos estar como en casa propia. Tenia una sala muy grande, y dorada, que nos dió para iglesia, y una señora, que vivia junto á la casa que compramos, llamada doña Elena de Quiroga gran sierva de Dios, dijo que me ayudaria para que luego se comenzase á hacer una capilla, para donde estuviese el santísimo Sacramento, y tambien para acomodarnos como estuviésemos encerradas. Otras personas nos daban harta limosna para comer, mas esta señora fué la que mas me socorrió.

11. Ya con esto comencé á tener sosiego, porque á donde nos fuimos, estábamos con todo encerramiento, y comenzamos á decir las Horas, y en la casa se daba el buen prior mucha priesa, que pasó harto trabajo; con todo tardaria dos meses, mas púsose de manera, que pudimos estar algunos años razonablemente, despues lo ha ido nuestro Señor mejorando.

12. Estando aquí yo, todavía tenia cuidado de los monasterios de los frailes, y como no tenia ninguno (como he dicho) no sabia qué hacer, y así me determiné muy en secreto á tratarlo con el prior de allí, para ver qué me aconsejaba, y así lo hice. El se alegró mucho cuando lo supo, y me prometió que seria el primero; yo lo tuve por cosa de burla, y así se lo dije; porque (aunque siempre fué buen fraile, y recogido, y muy estudioso, y amigo de su celda, que era letrado) para principio semejante no me pareció seria, ni ternia espíritu, ni llevaria adelante el rigor que era menester, por ser delicado, y no mostrado á ello. El

me aseguraba mucho, y certificó, que habia muchos dias que el Señor le llamaba para vida mas estrecha, y así tenia ya determinado de irse á los Cartujos, y le tenían ya dicho le recibirían. Con todo esto no estaba muy satisfecha, aunque me alegraba de oírle, y roguéle, que nos detuviésemos algun tiempo, y él se ejercitase en las cosas que habia de prometer: y así se hizo, que se pasó un año, y en este le sucedieron tantos trabajos, y persecuciones de muchos testimonios, que parece el Señor le queria probar; y él lo llevaba todo tan bien, y se iba aprovechando tanto, que yo alababa á nuestro Señor, y me parecia le iba su Majestad disponiendo para esto.

13. Poco despues acertó á venir allí un padre de poca edad, que estaba estudiando en Salamanca, y él fué con otro por compañero. El cual me dijo grandes cosas de la vida que este padre hacia: llamábase fray Juan de la Cruz; yo alabé á nuestro Señor, y hablándole, contentóme mucho, y supe de él, como se queria tambien ir á los Cartujos. Yo le dije lo que pretendia, y le rogué mucho esperase hasta que el Señor nos diese monasterio, y el gran bien que seria (si habia de mejorarse) ser en su mesma Orden, y cuanto mas serviria al Señor. El me dió la palabra, con que no se tardase mucho. Cuando yo ví ya que tenia dos frailes para comenzar, parecióme estaba hecho el negocio, aunque todavia no estaba satisfecha del prior, y así aguardaba algun tiempo, y tambien por tener á donde comenzar.

14. Las monjas iban ganando crédito en el pueblo, y tomando con ellas mucha devocion, y (á mi parecer) con razon; porque no entendian, sino en cómo pudiese cada una mas servir á nuestro Señor: en todo iban con la manera de proceder que en san José de Avila, por ser una mesma la regla, y constituciones. Comenzó el Señor á llamar algunas, para tomar el hábito; y eran tantas las mercedes que les hacia, que yo estaba espantada. Sea por siempre bendito. Amen. Que no parece aguarda mas de ser querido, para querer.

CAPITULO IV.

En que trata de algunas mercedes, que el Señor hace á las monjas destes monasterios, y dáse aviso á las prioras de cómo se han de haber en ellas.

1. Háme parecido, antes que vaya mas adelante (porque no sé el tiempo que el Señor me dará de vida, ni de lugar, y ahora parece tengo un poco) de dar algunos avisos para que las prioras se sepan entender, y lleven las súbditas con mas aprovechamiento de sus almas (aunque no con tanto gusto suyo.) Háse de advertir, que cuando me han mandado escribir estas fundaciones, dejando la primera de san José de Avila,

que se escribió luego, están fundados (con el favor del Señor) otros siete hasta el de Alba de Tormes, que es el postrero de ellos; y la causa de no se haber fundado mas, ha sido el atarme los perlados en otra cosa, como adelante se verá. Pues mirando á lo que sucede de cosas espirituales en estos años en estos monasterios, he visto la necesidad que hay de lo que quiero decir: plega á nuestro Señor que acierte conforme á lo que veo es menester. Y pues no son engaños, es menester no estén los espiritus amedrentados; porque (como en otras partes he dicho) en algunas cosas que para las hermanas he escrito, yendo con limpia conciencia, y con obediencia, nunca el Señor permite, que el demonio tenga tanta mano, que nos engañe de manera, que pueda dañar el alma, antes viene él á quedar engañado; y como esto entiende, creo no hace tanto mal, como nuestra imaginacion, y malos humores (en especial si hay melancolia) porque el natural de las mujeres es flaco, y el amor propio que reina en nosotras muy sutil; y así han venido á mi personas (ansi hombres como mujeres muchas) junto con las monjas destas casas, á donde claramente he conocido, que muchas veces se engañan á sí mesmas sin querer. Bien creo, que el demonio se debe entremeter para burlarnos; mas de muy muchas que (como digo he visto) por la bondad del Señor no he entendido, que las haya dejado de su mano, por ventura quiere ejercitarlas en estas quiebras, para que salgan experimentadas.

2. Están (por nuestros pecados) tan caidas en el mundo las cosas de oracion, y perfeccion, que es menester declararme desta suerte, porque aun sin ver peligro temen de andar este camino: ¿qué seria si dijésemos alguno? Aunque á la verdad en todo le hay, y para todo es menester (mientras vivimos) ir con temor, y pidiendo al Señor nos enseñe, y no desampare: mas, como creo dije una vez, si en algo puede dejar de haber muy menos peligro, es en los que mas se llegan á pensar en Dios, y procuran perficionar su vida.

3. Como, Señor mio, veo que nos librais muchas veces de los peligros en que nos ponemos, aun para ser contra vos, ¿cómo es de creer, que no nos librareis, cuando no se pretende cosa mas que contentaros, y regalarnos con vos? Jamás esto puedo creer, podria ser que por otros juicios secretos de Dios permitiese algunas cosas, que así como así habian de suceder, mas el bien nunca trajo mal. Así que esto sirva de procurar caminar mejor el camino, para contentar mejor á nuestro Esposo, y hallarle mas presto, mas no dejarle de andar; y para animarnos á andar con fortaleza camino de puertos tan ásperos, como es el desta vida; mas no para acobardarnos en adelante, pues en fin, yendo con humildad